

Copias: 11

Código: A31-1-18

18. Desarrollo de la personalidad durante la adolescencia

Alfredo Oliva

Los años de la infancia son muy importantes de cara a la formación de la personalidad; antes de la pubertad podemos ya apreciar en niños y niñas muchos rasgos y características que configuran una forma de ser y de actuar bastante definida; sin embargo, el período de la adolescencia será definitivo de cara al afianzamiento de la personalidad. Son demasiados los cambios que tienen lugar a nivel físico, cognitivo y social, como para que la personalidad no se vea afectada por ellos y permanezca inalterada. El adolescente deberá responder a la pregunta fundamental «¿quién soy yo?» y para encontrar la respuesta deberá afrontar algunas tareas durante los años que siguen a la pubertad. Así, tendrá que perfilar la imagen que tiene de sí mismo, adoptar algunos compromisos de carácter ideológico y religioso, elegir una profesión, definir su orientación sexual, optar por un estilo de vida y de relaciones, asumir valores de tipo moral, etc. Si el chico o la chica son capaces de solucionar la mayoría de estas tareas, habrán dotado a su personalidad de contenidos que estaban ausentes, dando un paso de gigante de cara a la formación de su carácter. No obstante, aunque tras la adolescencia la personalidad habrá adquirido mucha estabilidad, ello no quiere decir que no sigan produciéndose cambios durante la adultez, ya que el proceso que se inicia en la primera infancia continuará a lo largo de todo el ciclo vital, como muestra en los capítulos 9, 13 y 22.

1. Desarrollo del autoconcepto

En el capítulo 13 quedaron expuestos los cambios que el autoconcepto experimentaba durante la niñez. Allí se vio cómo al final de los años escolares el concepto que niños y niñas tienen sobre sí mismos ha ganado en abstracción y complejidad, adquiriendo además una cierta organización y armonía. Con la llegada de la adolescencia se van a producir una serie de cambios físicos y psíquicos que van a tener una importante repercusión sobre el autoconcepto del sujeto, que experimentará modificaciones que pueden romper el equilibrio alcanzado en la etapa anterior (véase el Cuadro 18.1 para una visión sintética).

En cuanto a los *contenidos* que los adolescentes suelen incluir en el concepto de sí mismo, hay que destacar que los cambios físicos propios de la pubertad les obligarán a revisar la imagen que hasta entonces habían construido para incluir los nuevos rasgos que empiezan a configurar su nuevo cuerpo de adulto. No es extraño que, sobre todo en la adolescencia temprana, las definiciones que chicos y chicas hacen de sí mismos incluyan muchas referencias a características corporales, ya que su aspecto físico representa una de sus principales preocupaciones. Estas alusiones a su apariencia van disminuyendo paulatinamente, siendo poco a poco sustituidas por rasgos referidos a su sistema de creencias, su filosofía de vida o sus expectativas de futuro. La responsabilidad de este cambio es de la mayor capacidad para la abstracción que caracteriza al pensamiento formal, que, unida a la tendencia a la introspección propia de estos años, incrementará a partir de la adolescencia media la propensión de chicos y chicas a definirse a partir de su interior psicológico, con frecuentes referencias a pensamientos, sentimientos, aspiraciones y deseos. También la importancia que adquieren durante estos años las relaciones sociales va a tener su reflejo en los contenidos del autoconcepto, aunque las simples referencias a vínculos personales más propias de la niñez («Tengo muchos amigos»), van a verse reemplazadas, en línea con lo comentado anteriormente, por las descripciones de sentimientos interpersonales («Me gusta la gente sincera»). Así, en el autoconcepto de los adolescentes más jóvenes aparecen las características o habilidades sociales que influyen sobre las relaciones con los demás, o las que determinan la imagen que los demás tienen de uno mismo.

También en la *estructura y organización* del autoconcepto van a tener lugar una serie de cambios importantes a lo largo de la adolescencia. En los primeros momentos que siguen a la pubertad, el concepto de sí mismo va a estar compuesto por unas primeras abstracciones que integrarán algunas características que guardan relación entre sí. Sin embargo, el adolescente va a disponer aún del control cognitivo necesario para poner en relación los distintos elementos que componen el autoconcepto y construir una imagen de sí mismo integrada y diferenciada, por lo que estas primeras abstracciones permanecerán separadas y sin relacionarse entre sí. Esta incapacidad

Cuadro 18.1 Evolución del autoconcepto durante la adolescencia

Adolescencia temprana (11-14 años)		
<i>Estructura, organización</i>	<i>Contenidos destacados</i>	<i>Ejemplos</i>
Primeras abstracciones que integran características relacionadas; abstracciones compartimentalizadas, de forma que no se detectan ni integran las incompatibilidades.	Características o habilidades sociales que influyen sobre las relaciones con los demás o determinan la imagen que los demás tienen de uno mismo. Características referidas al atractivo físico.	«Soy tímido; me corto con los adultos pero también con mis compañeros.» «En mi casa se me ocurren muchas cosas divertidas; pero con mis amigos no.»
Adolescencia media (15-17 años)		
<i>Estructura, organización</i>	<i>Contenidos destacados</i>	<i>Ejemplos</i>
Primeras conexiones entre las abstracciones y rasgos opuestos; confusión ante la existencia de características contradictorias.	Diferenciación de atributos en función de situaciones y roles diferentes.	«Soy muy inteligente para unas cosas y torpe para otras.» «No entiendo cómo me llevo tan bien con mis compañeros y tan mal con mis hermanos.»
Adolescencia tardía (18-21 años)		
<i>Estructura, organización</i>	<i>Contenidos destacados</i>	<i>Ejemplos</i>
Abstracciones de orden superior que integran abstracciones más elementales y que resuelven las contradicciones.	Rasgos y atributos relacionados con los roles que se desempeñan; los atributos se refieren a valores y creencias personales, así como a convenciones morales.	«Soy una chica flexible; se-ria y formal para trabajar; pero jaramera para divertirme.» «Me interesan muchas cosas, pero soy algo indeciso.»

fuente: Palacios, 1999a.

para integrar características que pueden resultar contradictorias tiene un aspecto positivo, que es evitarle los conflictos emocionales que pudieran derivarse de estas incongruencias. Con el avance de la adolescencia, van a establecerse las primeras conexiones entre abstracciones y entre rasgos que pueden ser opuestos. La toma de conciencia de estas contradicciones entre sus distintos «yoes» puede empezar a ocasionar al chico o chica cierto malestar o confusión, lo que podría explicar algunas actitudes y comportamientos incoherentes que con frecuencia se observan en la adolescencia. Hay que tener en cuenta que durante la adolescencia se amplían los contextos en los que chicos y chicas participan y se asumen nuevos roles; cada uno de estos contextos va a tener su importancia y proporcionará informa-

ción al joven sobre su imagen, ejerciendo una influencia disimulada según las demandas que planteen al chico o la chica: los padres pueden pedir obediencia, respeto y amabilidad; los iguales lealtad o amistad; su pareja, ternura y compromiso; la escuela, esfuerzo y disciplina. Es de esperar que el autoconcepto incluya o refleje esas diferencias entre contextos y no sea algo monolítico, sino que por el contrario tenga diversos componentes, dando lugar a un autoconcepto múltiple. El grado de coherencia o similitud entre estos componentes variará mucho de un sujeto a otro dependiendo de distintos factores, como, por ejemplo, de las discrepancias entre lo que padres, educadores e iguales esperan del adolescente.

Será en la adolescencia tardía, y con el avance en el pensamiento formal, cuando la capacidad de coordinar abstracciones simples en abstracciones de orden superior hará que el joven pueda integrar en un autoconcepto coherente todas esas imágenes diferentes e incluso contradictorias. Por ejemplo, la chica puede entender que es una persona muy flexible que se muestra responsable y comprometida con las tareas escolares, a la vez que bromista y divertida con su grupo de amigas, y tierna y cariñosa cuando está con su novio, sin que ello le cause ningún conflicto de identidad.

Sin embargo, antes de que se llegue a construir ese concepto de sí mismo coherente e integrado, en algunos casos, las contradicciones entre los componentes del autoconcepto pueden llegar a ser tan acusadas y el adolescente tener una visión tan fragmentada e incoherente de sí mismo, que llegue a mostrarse desconcertado e inseguro sobre quién es realmente, sintiendo una verdadera preocupación acerca de cuál es su verdadero yo y cuál su yo falso. Sobre todo porque, con frecuencia, chicos y chicas tratan de ajustarse a las expectativas que los demás tienen respecto a ellos, expectativas que, como veremos más arriba, pueden ser diferentes entre padres, educadores o amigos, incluso pueden variar entre unos amigos a otros. A este respecto, Susan Harter (1996) habla del *falso yo* como una especie de actuación o representación ante los demás, que puede llevar al adolescente, en un intento de agradar y de ser aceptado, a expresar cosas que no siente. Por ello, no es extraño que estas conductas de *falso yo* sean más frecuentes en los chicos más necesitados del apoyo de padres y compañeros. De todas formas, estas conductas pueden ser también vistas como un fenómeno normal y relacionado a la exploración de roles y opciones característica de la adolescencia.

Otro aspecto derivado de la capacidad del pensamiento formal para pensar en lo hipotético o posible es que el adolescente empezará a tomar conciencia de la diferencia entre su autoconcepto o *yo real* (la forma en que se percibe) y su *yo ideal* (cómo le gustaría verse) (Harter, 1998). Esta discrepancia irá aumentando a lo largo de la adolescencia como consecuencia del mayor grado de diferenciación cognitiva, y la madurez psicológica que consigo una mayor discrepancia entre la imagen del yo ideal al que aspira el sujeto y la realidad de las faltas y limitaciones que encuentra en sí y en el real. Aunque esta disparidad, sobre todo cuando es muy acusada, puede ser

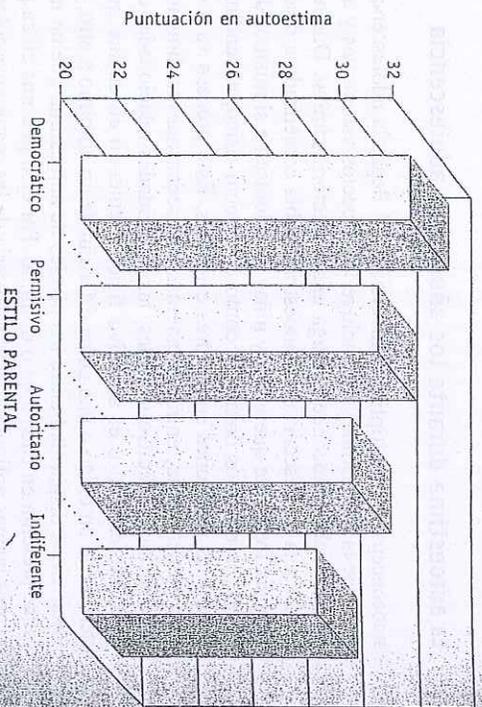
poner una autoestima más baja que lleve a un peor ajuste psicológico, en otros casos puede llevar al sujeto a plantearse mayores exigencias, convirtiéndose en un estímulo para el cambio.

2. La autoestima durante los años de la adolescencia

Si el autoconcepto se multiplica o diversifica al llegar la adolescencia, es de esperar que la autoestima, que incluye los aspectos valorativos y afectivos ligados a dicho autoconcepto, siga una trayectoria similar. Durante los años previos a la adolescencia, la autoestima había comenzado a diversificarse, y ya era frecuente que niños y niñas se valorasen a sí mismos de forma diferente en distintos dominios como el aspecto físico, el rendimiento académico o las relaciones con padres e iguales. Este proceso va a continuarse en la adolescencia, entrando además en escena nuevas dimensiones como las relaciones afectivo-sexuales, las capacidades relacionadas con la orientación profesional o el atractivo físico. Teniendo en cuenta que las competencias de un chico o una chica diferirán de un dominio a otro, habrá que esperar cierta disparidad entre los niveles de autoestima que un mismo adolescente presenta en cada área o dominio. Por ejemplo, una chica puede mostrar unas buenas aptitudes para la mayoría de las materias escolares, lo que le hará sentirse muy satisfecha con ella misma cuando de asuntos académicos se trata; en cambio, tal vez la autovaloración de su atractivo físico no sea tan favorable, y se sentirá más insegura en sus relaciones con chicos. Además de estas autoestimas parciales, encontraremos una autoestima de carácter global, como ya se vio en los capítulos 9 y 13. El nivel que presente cada sujeto en esta autoestima global dependerá tanto de sus competencias como de la importancia que atribuya a cada dominio, como se ilustró en el Cuadro 13.3. Así, un chico para el que el rendimiento académico es muy importante y que obtiene malas notas, puede tener una autoestima global baja a pesar de sus altas puntuaciones en la autoestima referida a otros aspectos para él menos importantes; y una chica que da mucha importancia a las relaciones interpersonales, en las que las cosas le van muy bien, puede tener una autoestima global alta a pesar de su más baja autoestima en cuestiones para ella menos importantes. En este punto hay que señalar importantes diferencias en función del género, ya que si para las chicas el atractivo físico o las habilidades interpersonales son lo que mejor predice su autovaloración global, entre los chicos las habilidades deportivas o el sentimiento de eficacia ocupan un lugar prioritario.

A pesar de la importancia que las relaciones con los iguales adquieren de cara a predecir el nivel de autoestima, las relaciones con los padres van a continuar ejerciendo una poderosa influencia. Así una alta cohesión familiar y una percepción positiva por parte de unos padres que muestren hacia sus hijos un alto grado de afecto y un control democrático, favorecerán en

Figura 18.1 Relación entre el nivel de autoestima de chicos y chicas adolescentes y el estilo disciplinario de sus padres



FUENTE: Oliva, Parra y Sanchez, 1998.

ellos una autovaloración positiva, como muestra la Figura 18.1 (Oliva, Parra y Sánchez, 1998).

La popularidad entre los iguales adquiere un significado especial para la mayoría de los chicos y chicas, por lo que la competencia social y el ser valorado y aceptado por los amigos y compañeros será un indicador fiable del nivel global de autoestima. Sin embargo, un énfasis excesivo en el grupo también puede tener consecuencias negativas, ya que al estar tan centrado en conseguir la aprobación del grupo, el adolescente puede mostrar un especial interés por otros dominios, y no esforzarse demasiado por mejorar su rendimiento académico o sus relaciones familiares. Dubois, Bull, Siemian y Roberts (1998) encontraron que los adolescentes que situaban en los iguales su principal fuente de autoestima solían presentar un menor rendimiento académico y más problemas conductuales. Por el contrario, aquellos que estaban más orientados hacia la escuela y la familia se mostraban más susceptibles a los problemas depresivos y emocionales. Estos resultados sugieren que un énfasis excesivo en un dominio en detrimento de otros no resulta demasiado adaptativo, y que el equilibrio entre distintos dominios previene una menor incidencia de problemas tanto interiorizados (ansiedad, inseguridad, miedo...) como exteriorizados (retardecimiento social, agresión...). Otras variables que también van a influir sobre el nivel de autoestima pueden ser el hecho de padecer algún tipo de enfermedad crónica o discapacita-

ciudad física, o el pertenecer a alguna minoría étnica. En este último caso, los datos son algo contradictorios, ya que los estereotipos negativos asociados a ciertas minorías pueden llevarnos a pensar que, en la medida en que chicos y chicas vayan tomando conciencia de que pertenecen a un grupo minoritario que sufre el prejuicio y la discriminación social, experimentarán una merma en su autoestima. Sin embargo, algunos estudios han encontrado lo contrario (Phinney, Chavira y Williamson, 1992), tal vez porque la autoestima depende del apoyo que se recibe por parte de los miembros del propio grupo, que puede llevar al adolescente a sentirse orgulloso de su pertenencia étnica.

En cuanto a los cambios en los niveles de autoestima durante la adolescencia, la mayoría de estudios coinciden en señalar un acusado descenso durante los años iniciales. Hay diversas razones que pueden servir para explicar este descenso. Así, los cambios físicos propios de la pubertad van a hacer que en un principio el adolescente se sienta insatisfecho con su cuerpo, el hecho de que nuestra cultura sea especialmente exigente en cuanto al atractivo físico que debe poseer la mujer, justifica que haya un mayor porcentaje de chicas que se muestran descontentas con su aspecto, y que el descenso en la autoestima sea más acusado entre ellas que entre los chicos. Otras razones para este descenso tienen que ver con el paso de la educación primaria a secundaria, que lleva aparejados importantes cambios en el contexto escolar (Wigfield y otros, 1991). El posible cambio de mayor a menor que conocen todos los recursos disponibles y se mueven con soltura en el colegio, a ser los más pequeños y novatos en el nuevo centro. A ello hay que añadir el probable cambio de compañeros y profesores, y el aumento de las exigencias y de la competitividad, no sólo a nivel académico, sino también en el ámbito deportivo, ya que ahora no se trata de jugar para divertirse, sino de jugar bien para destacar y formar parte del equipo del colegio o del barrio. Otro aspecto a destacar es el inicio de las relaciones heterosexuales y la nueva tarea de búsqueda de pareja, que añadirán más presión y contribuirán a que chicos y chicas se sientan más inseguros.

Tas ese descenso inicial, lo usual es que la autoestima comience a recuperarse según el adolescente vaya encontrándose más seguro en sus nuevos roles. Sin embargo, también en este aspecto vuelven a aparecer importantes diferencias en función del género, ya que mientras que en los chicos la autoestima va a seguir una clara línea ascendente, entre las chicas los niveles se van a mantener bajos e incluso pueden descender (Gilligan, Lyons y Hammer, 1990; Block y Robins, 1993). Estas diferencias pueden explicarse claramente por los procesos de socialización, que a partir de la pubertad tienden a ampliar el abanico de posibilidades y experiencias que se ofrecen al chico (llegar más tarde a casa, coger el coche de los padres o ir de vacaciones con los amigos), y a restringirlo para las chicas.

3. A la búsqueda de la identidad personal

Desde que a finales de la década de 1960 Erikson aludiese a la formación de la identidad personal como la principal tarea que deben resolver los adolescentes, el estudio de este aspecto adquirió carta de naturaleza en el campo del desarrollo del yo. El concepto de identidad está estrechamente vinculado con el de autoconcepto; sin embargo, mientras que este último depende en gran medida del desarrollo cognitivo, la identidad es un fenómeno psicológico bastante complejo de naturaleza psicosocial. Así, aunque los componentes cognitivos son importantes, pues la capacidad para pensar sobre sí mismo de forma abstracta ayudará al adolescente a tomar conciencia de su papel en la sociedad, el sentimiento de identidad incluye otros componentes. Por una parte, el sujeto debe experimentar un sentimiento de integridad personal, de forma que sus acciones y decisiones sean coherentes entre sí y conformen un estilo propio por el que se defina a sí mismo y sea reconocido por los demás. Es importante que este estilo tenga cierta estabilidad a lo largo del tiempo y a través de distintas situaciones. Además, hay que tener en cuenta que esta identidad, a pesar de ser una característica personal, es experimentada en un contexto social determinado, en el que el sujeto establece una serie de relaciones y experimenta diversos roles. Esta identidad va a incluir las normas de los grupos en los que el adolescente se integra, los valores que interioriza, su ideología personal y los compromisos que asume, y va a recoger las experiencias del pasado para dar sentido al presente y para dirigir su conducta futura. En definitiva, se trata de una estructura u organización interna construida por el sujeto que agrupa todas aquellas características que definen su forma ser.

En el modelo de Erikson sobre el desarrollo psicosocial a lo largo del ciclo vital, la adolescencia representa la quinta etapa y supone un momento clave en la formación de la personalidad (Erikson, 1968). Recordemos que cada etapa está caracterizada por una crisis que gira alrededor de un tema o tarea dominante y que puede resolverse positivamente, con la consecución de un determinado logro, o negativamente, con el correspondiente fracaso. Aunque estas crisis pueden ser vividas por el sujeto como un estado de confusión e incertidumbre, representan un momento crucial y necesario en el que el desarrollo puede seguir distintas trayectorias. Tras la pubertad se va a producir una crisis de identidad como consecuencia de la transición de la niñez a la adolescencia y de todos los cambios propios de esta etapa, que van a llevar al chico o a la chica a sufrir un sentimiento de despersonalización y de extrañeza de sí mismo. Este estado de crisis, con su búsqueda correspondiente, proporcionará el empuje necesario para el desarrollo de la identidad, por lo que resulta necesaria. Durante estos años, chicos y chicas explorarán distintas opciones y experimentarán diversos roles, para de forma progresiva, comenzar a adoptar algunos compromisos. Para Erikson, estos momentos de búsqueda y de dudas representan una especie de *moratoria*

de espera en la que el adolescente trata de encontrar su lugar en la sociedad. Aunque en la mayoría de los casos esta crisis se resolverá de forma satisfactoria con el logro de una identidad personal, algunos adolescentes o jóvenes pueden seguir sin adoptar compromisos, en una situación que Erikson denominó de confusión o difusión de identidad y que representaría el fracaso en esta etapa. Se trataría de jóvenes que encuentran amenazante y conflictiva toda toma de decisiones y que se sienten incapaces de definirse psicosocialmente, quedando atrapados en una situación de aislamiento y alienación.

3.1. El estatus de identidad

Si Erikson basó su teoría en la observación y en la práctica clínica, fue James Marcia quien dio más apoyo empírico a los estatus de identidad. Este autor construyó una entrevista semiestructurada (Marcia, 1966), en la que preguntaba acerca de las decisiones y compromisos que chicos y chicas habían adoptado en relación con asuntos vocacionales e ideológicos. A partir de las respuestas dadas por los adolescentes, Marcia estableció cuatro niveles o estatus de identidad, que vienen definidos por dos criterios fundamentales: el hecho de haber atravesado o no una crisis de identidad por una parte, y, por otra, haber adoptado o no compromisos personales a nivel ideológico o vocacional. En el Cuadro 18.2 podemos observar los estatus que resultan de cruzar esas dos dimensiones:

Cuadro 18.2. Niveles o estatus de identidad

Estatus	Crisis	Compromiso
Difusión	No	No
Identidad hipotecada	No	Si
Moratoria	Si	No
Logro de identidad	Si	Si

La identidad difusa o *difusión de identidad* es el estatus de aquellos sujetos que no han adoptado ningún compromiso firme en el terreno vocacional e ideológico y no están explorando distintas alternativas de cara a adoptar en un futuro; algunos de estos sujetos exploraron posibilidades en el pasado, pero renunciaron luego a seguir intentándolo.

La *identidad hipotecada* correspondería a chicos o chicas que ya han adoptado un compromiso personal, pero que lo han hecho sin haber atravesado ningún proceso de búsqueda o exploración. Es muy posible que se han atravesado a una serie de valores o creencias sugeridos por otras personas

sin haber llegado a considerar otras alternativas. Por ejemplo, pensemos en el chico que decide estudiar Derecho porque sus padres son abogados y siempre esperaron que su hijo también lo fuera.

La *identidad en moratoria* corresponde a chicos y chicas que se hallan en pleno proceso de búsqueda y experimentación, sin que aún hayan llegado a decidirse por una opción u otra. Tienen en cuenta diversas posibilidades, examinan sus pros y sus contras, y aún encuentran dificultades para tomar una decisión, por lo que se trata de adolescentes que están sumidos en plena crisis de identidad.

Por último, la identidad lograda o *logro de identidad* representa el estatus final en el que se sitúan jóvenes que han llegado a compromisos firmes y duraderos tras haber atravesado una crisis o moratoria. Sería el resultado del análisis de todas las alternativas posibles, y la elección y el compromiso con una de las opciones.

Además de la entrevista sobre el estatus de identidad elaborada por Marcia, otros autores han desarrollado cuestionarios que permiten evaluar el estatus de identidad. El más utilizado es el cuestionario para evaluar el estatus de identidad (*Extended Objective Measure of Ego Identity Status, EOM-EIS*) desarrollado por Groevant y Adams (1984) en su primera versión, y por Adams, Bennion y Huh (1989) en la más reciente. Está compuesto por 64 ítems agrupados en dos subescalas; la subescala ideológica explora los contenidos referidos a religión, política, filosofía de vida y vocación, mientras que la subescala interpersonal se centra en los aspectos referidos a amistades, relaciones de pareja, aficiones y roles de género, por lo que esta entrevista representa una importante ampliación sobre las áreas inicialmente consideradas por Marcia. En el Cuadro 18.3 se presentan algunas de las preguntas de esta entrevista.

3.2 Evolución del estatus de identidad

Aunque no podemos considerar que los cuatro niveles en el estatus de identidad representen fases evolutivas que se suceden entre sí en un orden fijo, resulta razonable pensar que la transición desde la adolescencia a la adultez irá marcada por la adquisición de una identidad personal cada vez más sólida y asentada. Chicos y chicas evolucionarían desde el inicio de la adolescencia en que se situarían en un estado de difusión, con escaso interés hacia las cuestiones relacionadas con la identidad, a una segunda etapa en la que el surgimiento de las primeras dudas y búsquedas marcarían el comienzo de la moratoria, para terminar finalmente con el logro de la identidad personal. Waterman (1982) ha denominado *modelo progresivo* a esta secuencia que representa la trayectoria más esperable. El estatus de logro alcanzado no tiene por qué ser definitivo, ya que algunos sujetos puedan empezar a cuestionar muchos de los compromisos adquiridos, evolucionando hacia un

Cuadro 18.3 Ítems extraídos de la escala EOM-EIS y referidos a las áreas vocacional e ideológica

Difusión de identidad

- No pienso mucho en la religión. Me da igual una cosa que otra.
- Todavía no he elegido la carrera que quiero seguir, pero de momento, y mientras encuentro algo mejor, cualquier cosa me vale.

Identidad hipotecada

- Creo que pienso como mis compañeros sobre política, y hago lo mismo que ellos en cuanto a votar y esas cosas.
- Mis padres decidieron hace tiempo la carrera o trabajo en que me tengo que meter y estoy siguiendo sus planes.

Moratoria

- No estoy seguro de lo que significa la religión para mí. Me gustaría decidirme pero aún estoy dándole vueltas.
- No acabo de decidirme a nivel profesional. Hay muchas carreras que me interesan.

Logro de identidad

- He pensado mucho en mis ideas políticas, y estoy de acuerdo con algunas ideas de mis padres y en desacuerdo con otras.
 - Me ha costado mucho decidirme, pero ahora sé qué carrera quiero seguir.
- FUENTE: Adams, Bennion, y Huh, 1989.

estado de moratoria que desembocaría en la adquisición de una identidad diferente. Sin embargo, existen otras posibilidades dentro de este modelo progresivo, y algunos estudios han encontrado que la trayectoria más frecuente es la seguida por los adolescentes que situados en una identidad hipotecada empiezan a cuestionar estos compromisos (moratoria) para terminar sustituyéndolos por otros más personales que les sitúan en un estatus de logro de identidad (Kroger, 1993). Pensemos, por ejemplo, en el caso de una chica que abandona las opciones ideológicas que había asumido en gran parte para responder a las expectativas de sus padres, para decidirse por unos nuevos compromisos políticos o religiosos fruto de la reflexión y la elección personal.

Aunque el modelo progresivo representa la trayectoria más deseable, Waterman (1982) apunta la posibilidad de que algunos adolescentes sigan un *modelo regresivo* en el que se abandonan situaciones de identidad lograda o hipotecada, sin encontrar un sustituto adecuado a esa identidad, quedando atrapados en una situación de difusión de identidad. Igualmente, sujetos que se encuentran en situación de crisis o moratoria pueden cesar en su búsqueda sin que hayan adoptado compromisos satisfactorios, viéndose

inmersos en situaciones de difusión de identidad. Por último, el *modelo de estancamiento* se referiría a aquellos jóvenes que permanecen de forma indefinida en situaciones de difusión, o que realizan elecciones que le sitúan también de forma permanente en una identidad hipotecada.

En cuanto al momento en que chicos y chicas suelen alcanzar el logro de la identidad, Erikson (1968) suponía que la crisis de la identidad era algo propio de la adolescencia temprana y que la evolución quedaba resuelta en la mayoría de los casos en el periodo comprendido entre los 15 y los 18 años. Sin embargo, todos los datos de que disponemos hoy día nos indican que estas previsiones eran demasiado optimistas, ya que es hacia el final de la adolescencia cuando chicas y chicos empiezan a alcanzar el estatus de moratoria, siendo algo inusual encontramos con identidades logradas por debajo de los 20 años. Incluso en algunos estudios realizados sobre adultos se ha encontrado una minoría de sujetos en situación de logro y unos altos porcentajes de identidades hipotecadas. Tal vez las condiciones sociales actuales no sean las más favorables para promover la adquisición del logro de la identidad personal, pues ejercen una importante presión sobre el sujeto, limitando su capacidad de elección y creando una tensión entre individuo y sociedad que tiende a generar alienación, confusión y pérdida de autenticidad (Coté, 1996; Gecas y Burke, 1995). A la luz de los datos disponibles, cada vez resulta más difícil mantener la idea del logro de la identidad como tarea que se culmina en la adolescencia. Sin duda, estamos ante un proceso que humde sus raíces en la infancia y se extiende a lo largo de todo el ciclo vital, con periodos de exploración y periodos de consolidación, aunque los períodos en los que se producen importantes cambios contextuales, como la adolescencia, representan un momento crítico en la adquisición de la identidad.

3.3 Desfases en el logro de la identidad

Una de las características que Erikson atribuyó al logro de la identidad es la globalidad o integridad y coherencia; sin embargo, esta idea no parece verse apoyada por la investigación, ya que cuando se tienen en cuenta diversas áreas o dominios, es bastante infrecuente que los sujetos se hallen en el mismo estatus de identidad en las diferentes áreas exploradas. Así, Archer (1989) encontró que sólo un 5% de los adolescentes estudiados presentaban el mismo estatus en todas las áreas, lo que parece echar por tierra la idea de la identidad como algo homogéneo que el sujeto alcanza globalmente. En clara sintonía con la teoría focal de Coleman (1980), es bastante razonable que la adopción de compromisos en distintas áreas se produzca de forma secuenciada a lo largo de la adolescencia. Así, una chica puede tener muy claras sus preferencias a nivel de relaciones interpersonales y de religión (logro), pero estar aún dándole vueltas a la elección de la carrera que quiere seguir (moratoria), y ni siquiera haberse planteado cuáles son sus preferencias po-

líticas (difusión). Sin embargo, a pesar de estas diferencias entre identidades, existirá una tendencia evolutiva a que se vaya alcanzando una cierta integridad entre todos los componentes y, como señala Grotevant (1992), alrededor de un componente o dominio que resulte especialmente relevante para el sujeto, se irán construyendo los demás. Por ejemplo, un adolescente que muestre en lo interpersonal una determinada identidad, muy prosocial y orientada hacia el apoyo a los demás, puede elegir una profesión que se ajuste a ella y hacerse trabajador social, sosteniendo además ideas políticas acordes con esta orientación. Bosma (1992) ha estudiado los componentes que chicos y chicas consideran más relevantes de cara a la definición de su identidad, encontrando que son los contenidos relacionados con los estudios y la profesión los que ocupan el primer lugar, aunque también parece que es precisamente en relación con los aspectos profesionales donde la identidad se alcanza de forma más tardía.

3.4 Factores que influyen en el logro de la identidad

El logro de la identidad implica la libre elección por parte del sujeto de una serie de opciones o compromisos, aunque el contexto social va a ejercer una importante presión sobre el adolescente, condicionando las elecciones que realiza. Si nos situamos en el *contexto familiar*, hay que señalar la influencia que el tipo de relaciones familiares y los estilos parentales van a ejercer sobre el logro de la identidad por parte del adolescente. Hoy día existe un consenso generalizado en que chicos y chicas que viven en familias democráticas, que les ofrecen la oportunidad de expresar y desarrollar sus propios puntos de vista y tomar sus decisiones en un entorno de aceptación y apoyo, son quienes tienen más facilidades para alcanzar un sentimiento de identidad personal. Se trata de familias que alientan en sus hijos la exploración y el proceso de individuación. Otras situaciones familiares representan contextos menos favorables; tal es el caso de los chicos y chicas que viven en hogares donde impera un clima excesivamente autoritario, ya que tenderán a seguir el camino que sus padres han trazado para ellos, y adoptarán identidades hipotecadas. En algunos casos, estos adolescentes podrán rebelarse contra sus padres y tomar sus propias opciones, aunque al no contar con el apoyo parental tendrán más difícil el paso de la moratoria a una situación de logro de identidad. Entre los hijos de padres permisivos también será frecuente encontramos con identidades hipotecadas, ya que al tratarse de chicos poco acostumbrados a que sus padres les exijan que tomen decisiones, pueden optar por la solución más fácil y tomar prestadas sus preferencias; aunque también es posible que estos adolescentes tiendan a rechazar la adopción de compromisos serios, permaneciendo en situaciones de difusión de identidad, algo que suele ser igualmente frecuente entre hijos de padres indiferentes (Makstrom-Adams, 1992).

Grotevant (1992) ha señalado la diferencia existente entre los componentes recibidos y los componentes elegidos de la identidad. Los primeros representan aquellos aspectos sobre los que el sujeto no tiene ninguna posibilidad de elección, como el género, la raza, o la cultura de procedencia, que van a representar el contexto para la elección de los restantes componentes. Así, el hecho de ser una chica, de raza gitana, y que vive en nuestro país, constituirá el núcleo en la formación de su identidad, a la vez que condicionará las opciones disponibles. Por lo tanto, el *entorno social y cultural* representa un factor muy influyente, de forma que determinadas culturas muy tradicionales y con normas y pautas educativas muy rígidas, como la gitana (o como la de Samoa, por poner otro ejemplo), tienden a promover identidades hipotecadas en la mayoría de los sujetos. En cambio, la cultura occidental suele dejar al individuo un mayor margen de libertad que le lleva con más frecuencia al logro de la identidad. Además, existen algunas evidencias según las cuales formar parte de una minoría étnica representa un handicap en el proceso de construcción de la identidad. Estos adolescentes deberán enfrentarse a la difícil tarea de elegir entre los valores propios de su grupo étnico y los imperantes en la cultura mayoritaria. En algunos casos, la presión del grupo minoritario por preservar sus propias señas de identidad será tan fuerte que sus miembros se verán abocados a hipotecar su identidad. En otras ocasiones, los sujetos estarán inmersos en una crisis o moratoria tan acusada que puede resolverse con la regresión a una definición de identidad. Todo ello sin olvidar que frecuentemente los grupos minoritarios sufren discriminación por parte de la cultura dominante, por lo que sus miembros tienen menos alternativas a explorar y entre las que elegir.

En cuanto a la influencia del *género*, sin duda representa uno de los aspectos más polémicos en relación con la adquisición de la identidad. Las primeras investigaciones que analizaron las diferencias entre chicos y chicas solían encontrar más dificultades entre estas últimas, ya que las mujeres presentaban tasas más altas de identidades hipotecadas. Sin embargo, cuando los estudios incluyen una amplia variedad de contenidos, y no sólo los aspectos ideológico y vocacional, aparecen algunas matizaciones, ya que mientras que los chicos siguen estando por delante en los componentes ideológicos o intrapersonales, en los aspectos interpersonales son las chicas quienes tienden a alcanzar antes el logro de identidad (Patterson, Sochting y Marcia, 1992). Estos resultados pueden estar poniendo de manifiesto las diferencias de género en los procesos de socialización, más restrictivos para las adolescentes cuando de aspectos profesionales se trata; es por ello esperable que las diferencias vayan suavizándose con el cambio en las expectativas sociales hacia la mujer. De hecho, algunos estudios recientes encuentran entre las chicas estatus de identidad más avanzados que entre los chicos de la misma edad (Tarcombe y Gay, 1998).

3.5 Identidad y ajuste psicológico

En el marco teórico desarrollado por Erikson, el logro de la identidad puede considerarse un requisito para un ajuste psicológico óptimo, ya que representa el resultado de la resolución positiva de la crisis de la adolescencia. El sentimiento de identidad representa la integridad entre los distintos componentes que forman la personalidad del sujeto y sirve para dotar de significado a sus acciones. Por ello, no es extraño que algunos estudios hayan intentado establecer relaciones entre los niveles o estatus de identidad y determinadas características psicológicas. Aunque la mayoría de estos estudios son de carácter correlacional, y sólo pueden establecer asociaciones y no relaciones causales, tienden a considerar que el estatus de identidad influye sobre el comportamiento del sujeto como si se tratase de un rasgo más o menos estable de su personalidad. Se han encontrado relaciones con características socioemocionales, cognitivas y comportamentales: en general, el estatus de logro de identidad es el que aparece asociado a características más positivas, y él de difisión a rasgos menos favorables, con los estadios de moratoria e identidad hipotecada ocupando posiciones intermedias.

El estado de *difisión* es el que resulta más desadaptativo y aparece más frecuentemente asociado a trastornos psicológicos (Waterman, 1992), ya que estos adolescentes presentan niveles altos de ansiedad y de síntomas depresivos, así como una escasa autoestima. En sus relaciones sociales se muestran conformistas e influenciables, con dificultades para el establecimiento de relaciones de cooperación y de intimidad. Muestran una orientación evitativa, ya que eluden afrontar los problemas y las situaciones conflictivas. No es extraño que entre estos adolescentes encontremos los niveles más altos de consumo de drogas.

Los sujetos con *identidad hipotecada* presentan una mezcla de rasgos positivos y negativos. Entre los rasgos favorables hay que destacar la alta autoestima, la baja ansiedad y la escasa incidencia del consumo de drogas. Estos chicos y chicas comparten con los que se encuentran en logro de identidad unos buenos índices de bienestar emocional, por lo que parece que en relación con estos aspectos el hecho de haber adoptado algunos compromisos es la variable más relevante. En el otro plato de la balanza hay que situar otras características menos positivas; así, suelen ser adolescentes excesivamente obedientes y dependientes de sus padres, que muestran actitudes conformistas, rígidas y autoritarias, y que sostienen relaciones muy estereotipadas, por lo que tienen dificultades para establecer relaciones de intimidad. Como ha señalado Berzonsky (1992), son sujetos que sostienen una orientación normativa y tratan de ajustarse a las expectativas sostenidas por figuras importantes para ellos, como los padres.

Algo parecido ocurre con los adolescentes en *moratoria*, en quienes también va a darse una combinación de rasgos positivos y negativos. El

lado menos favorable de estos chicos y chicas, representado por una baja autoestima y un elevado nivel de ansiedad e indecisión, estaría asociado al momento de crisis que atraviesan, por lo que es razonable pensar que se trata de una situación transitoria. Estos adolescentes van a compartir muchas características positivas con aquellos que ya han alcanzado el logro de identidad: las actitudes sociales flexibles, la conducta prosocial o la orientación hacia la información. Presentan niveles de consumo de drogas algo superiores a los de los adolescentes en identidad hipotecada e inferiores a quienes se encuentran en difusión, aunque las diferencias más importantes estarían relacionadas con las motivaciones que le llevan a este consumo, asociadas a la búsqueda y la experimentación propias de la moratoria (Jones, 1992).

Aquellos sujetos que han alcanzado el *logro de identidad* son quienes muestran más maduros y autónomos. Se trata de chicos y chicas con mucha autoestima y confianza en sí mismos que presentan escasa ansiedad y suelen tener un estado emocional favorable. Alcanzan los niveles más altos de desarrollo moral y sostienen relaciones sociales caracterizadas por la cooperación y el apoyo a los demás, estableciendo relaciones de intimidad con relativa facilidad. Al igual que los sujetos en moratoria, cuando se trata de afrontar problemas y tomar decisiones, manifiestan una orientación hacia la información, mostrándose abiertos y flexibles, y tratando de evaluar toda la información disponible, aunque la circunstancia de haber adoptado ya una serie de compromisos puede limitar algo esta flexibilidad en relación con quienes aún se hallan en moratoria. El hecho de que en algunas ocasiones los sujetos en logro de identidad no muestren características tan positivas, tal vez nos esté indicando que no basta con tener en cuenta si el adolescente ha adoptado o no compromisos, sino también en qué medida estos compromisos son significativos y satisfactorios, y se ajustan a las expectativas que tenía.

4. Roles y estereotipos de género

Durante los años de la niñez, los procesos de socialización suelen ser algo eficazmente, de forma que antes del inicio de la adolescencia niños y niñas han ido ajustando sus valores, actitudes y comportamientos a los roles que la sociedad define para cada sexo. Tras los cambios físicos propios de la pubertad esta presión se va acrecentando, por lo que no es extraño que durante estos años de la adolescencia chicos y chicas se muestren muy reacios a repetir y eviten actividades o comportamientos que puedan ser considerados propios del otro sexo, mostrándose ellos muy masculinos y ellas muy femeninas. Esto podría explicar los resultados encontrados en muchos estudios que apuntan un aumento en los estereotipos sexuales durante la adolescencia. Sin embargo, algunas investigaciones han encontrado un cierto aumento de la flexibilidad en estos estereotipos coincidiendo con

transición al instituto (Alferi, Ruble y Higgins, 1996). Aunque una explicación podría ser que los cambios cognitivos tienden a facilitar una visión más relativista y flexible de los roles de género, todo parece señalar que esta flexibilidad es el resultado de los esfuerzos que chicos y chicas realizan para adaptarse a un nuevo contexto social. Los importantes cambios que acompañan la transición al instituto pueden crear en el adolescente una cierta inseguridad que haga que tal vez éste no sea el momento más adecuado para sostener unas ideas muy estereotipadas acerca de las diferencias entre ambos sexos. Una vez superados esos momentos iniciales, esa flexibilidad tiende a desaparecer y los estereotipos se consolidan. Aunque las diferencias no son muy acusadas, los chicos tienden a mostrar unos estereotipos más rígidos que las chicas, como se indicó a propósito de la infancia en los capítulos 9 y 13.

Muchos de los estudios realizados sobre roles de género han utilizado el cuestionario *Bem Sex Role Inventory*, elaborado por Sandra Bem (1974), que incluye una serie de items referidos a características tradicionalmente consideradas masculinas (confianza en sí mismos, independencia, actividad) o femeninas (amabilidad, prosocialidad, sensibilidad). Las puntuaciones obtenidas en la prueba permiten clasificar a los sujetos en cuatro tipos: sujetos *masculinos*, que puntúan alto en masculinidad y bajo en feminidad; sujetos *femeninos*, que obtienen puntuaciones altas en feminidad y bajas en la escala de masculinidad; los sujetos *andróginos* obtienen puntuaciones altas en ambas dimensiones, mientras que los *indiferenciados* puntúan bajo en las dos escalas; por lo que masculinidad y feminidad son dimensiones diferentes pero no los polos opuestos de una misma dimensión.

Aunque tradicionalmente se ha considerado que lo ideal es que los chicos se muestren masculinos y las chicas femeninas, algunos estudios han revelado que la personalidad de tipo andrógino puede resultar más favorable para hombres como para mujeres, proporcionando un mayor ajuste psicológico. A pesar de que es posible que al inicio de la adolescencia los sujetos andróginos puedan verse molestados o ridiculizados por iguales opacos, sus múltiples intereses y su mayor flexibilidad les permitirá adaptarse y sentirse cómodos en una mayor variedad de situaciones. No es extraño que estos adolescentes presenten niveles más altos de autoestima y status de identidad más avanzados (Dusek, 1996).

5. Desarrollo moral

5.1. Razonamiento moral

Durante los años de la adolescencia se producirán importantes cambios en el ámbito del razonamiento moral. Recordemos que en el modelo propuesto por Kohlberg, expuesto en el capítulo 10, las personas progresan a través de

una serie de fases hasta alcanzar los mayores niveles de desarrollo moral. Durante la infancia, niños y niñas se habían situado en la perspectiva egocéntrica propia del nivel *preconvencional* en el que el bien se definía de forma independiente de la intención del sujeto por la obediencia literal a las normas, y las razones que justifican el comportarse de acuerdo a estas normas eran la evitación del castigo. Aunque algunos adolescentes van a permanecer en este nivel, la mayoría de chicos y chicas comenzarían antes de la pubertad a mostrar un razonamiento moral algo más avanzado, situándose en lo que Kohlberg denominó el nivel *convencional*, descrito en el capítulo 14. Ahora los adolescentes van a elaborar sus juicios morales basándose en las expectativas del grupo social, y las razones para seguir las reglas sociales son conseguir la aprobación de los demás y una opinión favorable hacia su comportamiento como miembro de un colectivo. En la primera fase de este nivel tratarían de mostrarse ante los demás como un buen chico o una buena chica. Más adelante, en el estadio más avanzado de este nivel convencional, surge una mayor orientación hacia la ley y el orden, que deben ser respetados por el bien de la comunidad. Muchos adolescentes superan la visión egocéntrica propia de la niñez para situarse en una perspectiva social de miembro de una sociedad que juzga los comportamientos a partir del bien colectivo.

Hay varias razones que justifican este avance en el desarrollo del juicio moral. Si tenemos en cuenta que, en el modelo propuesto por Kohlberg, el desarrollo cognitivo representa un factor necesario, aunque no suficiente, para que se produzcan avances a nivel de razonamiento moral, es lógico que las nuevas capacidades cognitivas alcanzadas durante el periodo de las operaciones formales tengan su repercusión sobre el juicio moral. Así, mientras que la capacidad para pensar de forma abstracta va a permitir que surja la preocupación por el concepto de justicia o de bien social, el desarrollo de la habilidad para adoptar perspectivas diferentes a la propia incrementará la preocupación por la opinión de los demás, y por las consecuencias de sus actos sobre otras personas. Junto a estos avances cognitivos, hay que tener en cuenta que durante los años de la adolescencia son frecuentes las discusiones con padres y compañeros acerca de diversos temas sociales y morales, que pueden producir en el chico o chica el conflicto o desequilibrio cognitivo que le empuje a cambiar sus formas de razonar acerca de los dilemas morales.

Aunque la mayoría de los adolescentes y adultos permanecerán en este nivel de desarrollo moral, algunos sujetos, durante la adolescencia tardía o ya en la adultez, evolucionarán hacia la última fase en el desarrollo del razonamiento moral: el nivel *postconvencional*. En este nivel, los comportamientos se van a juzgar a partir de principios o derechos humanos universales que están por encima de las normas sociales. Por lo tanto, el individuo se sitúa en una perspectiva por encima de la sociedad, construyendo principios que predominan sobre los socialmente establecidos.

La teoría de Kohlberg ha recibido un importante apoyo empírico; sin embargo, algunos aspectos han recibido críticas nada despreciables. Una de

las cuestiones más criticadas tiene que ver con el escaso número de sujetos que acceden al nivel postconvencional, sobre todo en sociedades menos desarrolladas y regidas por formas de gobierno no democráticas, lo que pone en entredicho la universalidad de estos niveles. El otro aspecto que ha recibido importantes críticas tiene que ver con el sesgo masculino de esta teoría. El hecho de que Kohlberg construyese su modelo a partir de entrevistas a varones, dificulta que sea fácilmente extrapolable a mujeres. Carol Gilligan, una colaboradora de Kohlberg, basándose en entrevistas a niñas y mujeres, encontró algunas diferencias de género. Así, mientras que los chicos parecen más preocupados por la justicia como concepto abstracto y por el hecho de que las personas sean tratadas de forma justa y de acuerdo con las normas o reglas sociales, las chicas suelen interpretar los dilemas morales desde una perspectiva interpersonal, mostrándose más preocupadas por sus relaciones con los otros y su responsabilidad para satisfacer las necesidades de los demás. Gilligan (1982) propone un modelo alternativo al de Kohlberg, modelo que explicaría el desarrollo del razonamiento moral entre el sexo femenino. Este modelo incluye tres niveles paralelos o equiparables a los niveles preconvencional, convencional y postconvencional. En el primer nivel, la preocupación de la mujer sería la supervivencia y su propio interés. En el segundo, el más característico de la adolescencia, la necesidad de agradar a otras personas prima sobre el interés propio; las adolescentes y mujeres empiezan a responsabilizarse del cuidado de otros y tratan de conseguir un equilibrio entre permanecer leales a sí mismas y cubrir las necesidades de los demás. La búsqueda de este equilibrio puede hacer que la adolescencia sea una época especialmente estresante para las chicas, ya que se percatan de que ese interés hacia los demás está escasamente considerado en una sociedad machista que valora más la competitividad y el éxito. En el tercer y último nivel, difícilmente alcanzable por muchos adolescentes y adultas, se consigue este equilibrio entre la satisfacción de las necesidades propias y las de los demás, y se desarrolla una perspectiva universal en la que las mujeres se perciben como personas capacitadas que intervienen activamente en la toma de decisiones. El modelo de Gilligan ha recibido un apoyo empírico insuficiente, ya que algunos estudios no han encontrado diferencias entre chicos y chicas. Tal vez ambas perspectivas, la centrada en los demás y la centrada en la justicia como concepto abstracto, sean complementarias y estén presentes tanto en hombres como en mujeres.

5.2. Comportamiento moral: conducta prosocial y actos antisociales

En cuanto a los cambios en el comportamiento moral, las cosas están algo menos claras que cuando se trata del razonamiento moral, siendo los datos algo más contradictorios. En términos generales, puede decirse que la ma-

yoría de los estudios realizados sobre adolescentes encuentran relación, aunque débil, entre mayores niveles de razonamiento moral y comportamientos más adecuados desde el punto de vista moral. Sin embargo, se da la paradoja de que con la llegada de la adolescencia, y junto al ya comentado avance en el juicio moral, van a incrementarse tanto los comportamientos de carácter prosocial como las conductas antisociales y delictivas, lo que una vez más pone de manifiesto el carácter ambivalente de esta etapa evolutiva.

En relación con la conducta prosocial, la mayoría de los estudios hallan un aumento en sus manifestaciones a lo largo de la adolescencia, aunque no faltan las investigaciones que no detectan variaciones significativas asociadas a la edad (Fabes y Eisenberg, 1998). Parece que los que tienden a incrementarse son algunos comportamientos prosociales, pero no todos. Así, es más probable que los adolescentes se impliquen en actividades de ayuda que precisen de recursos y capacidades de las que carecían en los años anteriores; por ejemplo, las donaciones y la participación en organizaciones no gubernamentales o en actividades de voluntariado experimentan un claro aumento sobre todo a partir de la adolescencia media (Martin y Velarde, 1996). Hay algunas variables que aparecen asociadas al comportamiento prosocial durante la adolescencia, como el disponer de un razonamiento moral más desarrollado y de niveles más altos de empatía, autoestima y competencia social. También los padres democráticos y que proporcionan apoyo siguen siendo un factor relevante (Eisenberg, 1991). Aunque no existen importantes diferencias de género, podemos señalar que mientras que los chicos suelen implicarse más en acciones instrumentales de ayuda, como intervenir en situaciones peligrosas o arriesgadas, las chicas tienden a proporcionar apoyo verbal y emocional.

Pero junto a este aumento en los comportamientos de ayuda a los demás va a darse un incremento significativo de conductas más inadecuadas: Aunque las investigaciones indican que los comportamientos agresivos menos severos tienden a disminuir en relación con los años anteriores, la incidencia de los actos más violentos y delictivos experimenta un crecimiento sustancial (Coie y Dodge, 1998). Muchos comportamientos antisociales aparecen durante los años anteriores a la pubertad, manifestándose fundamentalmente en los entornos familiar y escolar; pero con la llegada a la adolescencia estos actos antisociales van a intensificarse, alcanzando la máxima incidencia sobre los 17 años, para, a partir de ese momento, empezar a disminuir de forma que durante la adultez temprana estos comportamientos habrán desaparecido en la mayor parte de los sujetos. Las diferencias de género en la conducta delictiva son muy llamativas; así, además de la mayor incidencia general entre el sexo masculino, encontramos que mientras que los chicos suelen implicarse en actividades más graves y violentas, como robos de coches, hurtos o asaltos, entre las chicas son más frecuentes la cleptomaniac y las fugas de casa o los delitos de carácter sexual. Factores como la falta de

supervisión y control familiar, la escasa comunicación con los padres, el fracaso escolar y un entorno social y cultural que refuerce las actitudes antisociales, favorecerán el surgimiento de comportamientos delictivos.

A primera vista podría resultar paradójico que esta ampliación de la conducta antisocial tenga lugar en unos momentos en los que se observa un claro avance en el razonamiento moral. Sin embargo, hay que tener en cuenta la influencia de ciertas variables personales y situacionales que también cambian durante la adolescencia. Por ejemplo, David Elkind (1985) ha destacado el papel que pueden jugar las limitaciones cognitivas relacionadas con el egocentrismo propio de este período, al ya aludimos en el capítulo 16. Este autor ha denominado *hipocresía aparente* a la tendencia que muestran muchos adolescentes a pensar que no tienen que aceptar las mismas normas que consideran apropiadas para los demás, lo que en muchas ocasiones pone de manifiesto una clara discrepancia entre los ideales del joven y su conducta: es como si el simple hecho de pensar en esos ideales bastase para conseguirlos sin necesidad de esforzarse personalmente. Esta característica estaría relacionada con el hecho de que, aunque los adolescentes ya tengan la capacidad para pensar en términos abstractos, aún les resulta complicado pasar de principios abstractos a situaciones concretas, explicándose así determinados comportamientos juveniles contradictorios, como protestar por la contaminación mediante una marcha dominical que supone una clara degradación del lugar por el que transcurre, o manifestarse de forma violenta a favor de la paz. Otros factores que pueden influir en el aumento de las actividades antisociales están relacionados con la necesidad que los chicos y chicas en moratoria tienen de experimentar nuevas situaciones, o con la menor supervisión que existe sobre sus comportamientos por parte de padres y educadores durante estos años en los que aún los adolescentes no han asumido las responsabilidades propias de los adultos.

